

Contra el estado.
Una historia de las civilizaciones
del Próximo Oriente antiguo

James C. Scott

Traducción de Antonio de Cabo de la Vega,
José Riello y Ricardo Dorado Puntch

E D I T O R I A L T R O T T A

Claude Lévi-Strauss escribió:

Parece que la escritura resulta necesaria para la reproducción del estado centralizado y estratificado...*. La escritura es una cosa bien extraña [...] El único fenómeno que ella ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y los imperios, es decir, la integración de un número considerable de individuos en un sistema político, y su jerarquización en castas y en clases [...] Parece favorecer la explotación de los hombres antes que su iluminación.

* Las palabras «parece que la escritura resulta necesaria para la reproducción del estado centralizado y estratificado», no figuran en la traducción inglesa ni en el original en francés. Véase C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, trad. de Noelia Bastard, rev. técnica de Eliseo Verón, Paidós, Barcelona, 1988, pp. 323-324. [Las notas con asterisco son de los traductores].

ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio</i>	11
Introducción. UNA NARRACIÓN HECHA JIRONES: LO QUE NO SABÍA	19
Paradojas de las narrativas del estado y de la civilización	21
Poner al estado en su lugar	28
Itinerario en miniatura	32
1. LA DOMESTICACIÓN DEL FUEGO, LAS PLANTAS, LOS ANIMALES... Y LA NUESTRA	47
Fuego	47
Concentración y sedentarismo: la tesis de los humedales	52
Humedales y sedentarismo	55
¿Por qué ignorados?	62
Cuidado con la brecha	64
Entonces, ¿por qué plantar?	68
2. LA TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE MUNDIAL: EL COMPLEJO <i>DOMUS</i>	73
De la plantación neolítica al zoológico floral: las consecuencias del cultivo	75
La <i>domus</i> como módulo evolutivo	77
De presa del cazador a animal de corral del granjero	79
Especulación sobre paralelismos humanos	85
Nuestra domesticación	88
3. LAS ZONOSIS: UNA TORMENTA EPIDEMIOLÓGICA PERFECTA	95
El trabajo pesado y su historia	95
El campamento de reasentamiento multiespecífico tardoneolítico: una tormenta epidemiológica perfecta	98
Una nota sobre fertilidad y población	111

4. LA AGROECOLOGÍA DE LOS PRIMEROS ESTADOS	115
La geografía rural de la construcción del estado	121
Los cereales crean estados	126
Las murallas crean estados: protección y confinamiento	133
La escritura crea estados: contabilidad y legibilidad	135
5. CONTROL DE POBLACIÓN: ESCLAVITUD Y GUERRA	145
El estado y la esclavitud	149
Esclavitud y servidumbre en Mesopotamia	151
Egipto y China	157
La esclavitud como estrategia de «recursos humanos»	160
Capitalismo de saqueo y construcción del estado	163
La particularidad de la servidumbre y de la esclavitud en Mesopotamia	165
Una especulación sobre la domesticación, el trabajo pesado y la esclavitud	170
6. LA FRAGILIDAD DEL ESTADO TEMPRANO: LA DESCOMPOSICIÓN COMO COLAPSO	173
La morbilidad en el estado temprano: aguda y crónica	178
La enfermedad: hipersedentarismo, desplazamiento y estado	179
Ecocidio: deforestación y salinización	182
Víctimas de la política: guerras y explotación del núcleo	188
Elogio del colapso	193
7. LA EDAD DORADA DE LOS BÁRBAROS	201
Las civilizaciones y su penumbra bárbara	203
Geografía bárbara, ecología bárbara	207
IncurSIONES	215
Rutas comerciales y núcleos cerealistas susceptibles de tributación .	220
Gemelos oscuros	225
¿Una edad dorada?	228
<i>Bibliografía</i>	233
<i>Índice analítico</i>	251

PREFACIO

Lo que figura a continuación no es sino el informe de la misión de reconocimiento de un intruso. Permítaseme una explicación. En 2011, me pidieron que impartiera dos *Tanner Lectures* en Harvard. Me sentí muy halagado por el ofrecimiento, pero acababa de terminar con gran esfuerzo un libro y estaba disfrutando de un bienvenido período de «lectura libre» sin ningún objetivo en mente. ¿Qué podía preparar en cuatro meses que resultara interesante? A la búsqueda de un tema manejable, consideré las dos conferencias iniciales que he venido dictando durante las dos últimas décadas sobre sociedades agrarias en mis clases de grado. En ellas me ocupo de la historia de la domesticación y de la estructura agraria de los estados tempranos. Aunque han ido evolucionando gradualmente, era consciente de que estaban lamentablemente anticuadas. Quizá, pensé, podría abalanzarme sobre los trabajos más recientes acerca de domesticación y estados primitivos y escribir un par de conferencias que reflejaran, al menos, una literatura más actual y más digna de mis aventajados estudiantes.

¡Menuda sorpresa me esperaba! La preparación de las conferencias puso patas arriba mucho de lo que creía que sabía y me colocó frente a un alud de nuevos debates y descubrimientos que me di cuenta de que debía interiorizar si quería hacer justicia al tema. Las propias conferencias, finalmente, me sirvieron más para dejar constancia de mi asombro ante la gran cantidad de conocimientos recibidos que tenía que ser completamente revisada, que como un intento de emprender dicha revisión. Mi anfitrión, Homi Bhabha, seleccionó a tres astutos comentaristas —Arthur Kelinman, Partha Chatterjee y Veena Das— que, en un seminario posterior a las conferencias, me convencieron de que mis argumentos no estaban ni remotamente listos para ser cosechados. Solo

cinco años después conseguí volver con un borrador que consideré provocador y bien argumentado.

Este libro, por tanto, refleja mis esfuerzos por seguir profundizando, aunque todavía es, en buena medida, el trabajo de un aficionado. Pese a que soy un politólogo de carné y un antropólogo y ambientalista por invitación, este trabajo me ha exigido moverme en la frontera entre la prehistoria, la arqueología, la historia antigua y la antropología. Al carecer de experiencia sustancial en ninguno de esos campos, merezco la acusación de *hybris*. Mi excusa —que quizá no llegue a justificación— para este intrusismo es triple. En primer lugar, ¡aporto a la empresa la ventaja de mi ingenuidad! Al contrario que los especialistas en este campo, sumergidos en los complejos argumentos de cada debate, yo empecé con las mismas creencias sobre la domesticación de las plantas y los animales, sobre el sedentarismo, los centros de población tempranos y los primeros estados, que compartimos todos aquellos que no hemos estado prestando demasiada atención al conocimiento nuevo producido en las aproximadamente dos últimas décadas. En este sentido, mi ignorancia y mi subsiguiente sorpresa ante la gran cantidad de cosas que creía que sabía y que eran erróneas pueden constituir una ventaja a la hora de escribir para una audiencia que parta de las mismas equivocaciones. En segundo lugar, he hecho un esfuerzo consciente, como consumidor, para entender los debates y conocimientos actuales en biología, epidemiología, arqueología, historia antigua, demografía e historia ambiental que se refieren a nuestro tema. Y, finalmente, aporto como antecedente dos décadas intentando comprender la lógica del poder del estado moderno (*Seeing Like a State*), así como las prácticas de los pueblos no estatales, especialmente en el sudeste asiático que, hasta tiempos recientes, se habían sustraído a su absorción por parte de los estados (*The Art of Not Being Governed*).

Se trata, por tanto, de un proyecto conscientemente derivativo. No aporta conocimiento nuevo por sí mismo, sino que intenta, a lo sumo, «unir los puntos» del conocimiento ya existente de forma sugerente y clarificadora. El asombroso avance del saber en las últimas décadas nos ha servido para revisar radicalmente —o para revertir— lo que creíamos saber de las primeras «civilizaciones» en la llanura aluvial mesopotámica y en otros lugares. Creíamos (al menos, la mayoría de nosotros) que la domesticación de las plantas y animales condujo directamente al sedentarismo y a la agricultura en campos fijos. Y resulta que el sedentarismo es muy anterior a cualquier evidencia de domesticación de plantas o animales y que tanto el sedentarismo como la domesticación existieron casi cuatro milenios antes de que apareciera nada parecido a una

aldea agrícola. Se creía que el sedentarismo y el surgimiento de ciudades eran el efecto típico de la irrigación y de los estados. Y resulta que ambos son, por el contrario, resultado de la abundancia de los humedales. Creíamos que el sedentarismo y la agricultura condujeron directamente a la formación de estados, pero sucede que estos solo aparecen mucho después de la agricultura en campos fijos. Se daba por hecho que la agricultura fue un gran paso adelante para la nutrición, el bienestar y el ocio de las personas. En las primeras fases parece haber sucedido lo contrario. El estado y las civilizaciones tempranas eran vistos como imanes que atraían a las personas con el lujo, la cultura y las oportunidades que aportaban. En realidad, los estados tempranos se veían obligados a capturar y retener a una gran parte de su población, con diferentes formas de servidumbre, y estaban transidos por las epidemias del hacinamiento. Los estados tempranos eran frágiles y propensos al colapso y, en cambio, las «edades oscuras» que los sucedieron podrían haber supuesto, con frecuencia, una mejora real en el bienestar humano. Por último, parece razonable sostener que, al menos fuera de las elites, la vida en el exterior de los estados (la vida del «bárbaro») pudo haber sido, en muchas ocasiones, más sencilla en términos materiales, y más libre y saludable, que la vida dentro de las civilizaciones.

No soy tan inocente como para pensar que lo aquí escrito va a ser la última palabra sobre domesticación, estados tempranos o sobre la relación entre dichos estados y las poblaciones de su *Hinterland*. Mi objetivo es doble. En primer lugar, el mucho más modesto de condensar el mejor conocimiento existente en estas materias y de tratar de sugerir sus implicaciones para la formación estatal y las consecuencias tanto humanas como ecológicas de la forma estado. Solo con esto ya habríamos puesto el listón muy alto, por lo que he tratado de emular el nivel alcanzado en este género por autores como Charles Mann (1491)* o Elizabeth Kolbert (*The Sixth Extinction*)** . Mi segundo objetivo, del que deben quedar libres de toda culpa mis guías nativos, es extraer consecuencias sugerentes y de mayor alcance «con las que —creo— deberíamos pensar». Así, por ejemplo, propongo que la comprensión más amplia de la domesticación como control sobre la reproducción debería aplicarse no solo al fuego, a las plantas y a los animales, sino también a los esclavos, a los súbditos estatales y a las mujeres en la familia patriarcal. Sostendré que los granos de cereal tienen características únicas que los convierten,

* Ch. Mann, *1491: una historia de las Américas antes de Colón*, trad. de Miguel Martínez-Lage y Federico Corriente, Taurus, Madrid, 2006.

** E. Kolbert, *La sexta extinción: una historia nada natural*, trad. de Joan Lluís Riera, Crítica, Barcelona, 2018.

prácticamente en cualquier lugar, en la principal mercancía susceptible de imposición tributaria, esencial para la construcción de los estados tempranos. Creo que hemos subestimado enormemente la importancia de las enfermedades (infecciosas) del hacinamiento en la fragilidad demográfica de los estados tempranos. Al contrario que muchos historiadores, me pregunto si el frecuente abandono de los centros de los estados tempranos no habrá supuesto, en muchos casos, una mejora en la salud y la seguridad de las poblaciones, antes que una «edad oscura» indicativa del colapso de una civilización. Y, finalmente, cabe pensar si estas poblaciones que se mantuvieron fuera de los centros estatales durante los milenios siguientes al establecimiento de los primeros estados no podrían haber permanecido en tales ubicaciones (o haberse refugiado en ellas), precisamente, porque las condiciones que encontraron allí eran mejores. Todas estas implicaciones que extraigo de mi interpretación de los datos pretenden ser provocaciones. Deberían estimular ulteriores reflexiones e investigaciones. Donde he topado con un obstáculo, lo indico con toda franqueza. Asimismo, he tratado de señalar los puntos en los que la evidencia es escasa y en los que me pierdo en especulaciones.

Procede, ahora, hacer una aclaración sobre la geografía y los períodos históricos considerados. Mi atención se centra casi exclusivamente en Mesopotamia y, en particular, en la llanura aluvial meridional, al sur de la actual Basora. La razón de esta selección es que el área entre el Tigris y el Éufrates (Sumer) fue *la cuna de los primeros estados «prístinos» del mundo*, aunque no el lugar de ubicación del primer sedentarismo, de los primeros indicios de cosechas domesticadas y, ni siquiera, de las primeras aldeas protourbanas. El período histórico que describo (más allá de una historia profunda de la domesticación) abarca desde el Período El Obeid, que comienza hacia el 6500 a. e. c., hasta el Período Paleobabilónico, que termina aproximadamente en el 1600 a. e. c. Sus subdivisiones convencionales (con cierto debate para las más antiguas) serían:

- El Obeid (6500-3800 a. e. c.)
- Uruk (4000-3100)
- Jemdet Nasr (3100-2900)
- Protodinástico (2900-2335)
- Acadio (2334-2113)
- Ur III (2112-2004)
- Paleobabilónico (2004-1595 a. e. c.)

Con mucho, la mayor parte de las pruebas aducidas se refiere al período entre el 4000 y el 2000 a. e. c., por ser tanto el período crítico de formación estatal como del que se ocupa la mayor parte de la bibliografía existente.

En ocasiones, me referiré brevemente a otros estados tempranos, como los de las dinastías Qin y Han de China, al antiguo Egipto, a la Grecia clásica, a la República y el Imperio romanos y hasta a las primeras civilizaciones mayas del Nuevo Mundo. El objeto de estas incursiones es triangular la posición en aquellos casos en los que los datos procedentes de Mesopotamia son escasos o discutidos, para elaborar conjeturas fundadas sobre los correspondientes patrones a partir de la comparación. Ello resulta especialmente importante en el caso del papel del trabajo forzado en los estados tempranos, para la importancia de las enfermedades en el colapso estatal, para las consecuencias del colapso y, finalmente, para la relación entre los estados y sus «bárbaros».

Para explicar todas estas sorpresas que me aguardaban y que, según imagino, aguardan también a muchos de mis lectores, me he servido de un gran número de experimentados «guías nativos» de los terrenos disciplinares con los que no estoy íntimamente familiarizado. La cuestión no es si me he convertido en un cazador furtivo: imi intención era esa! La cuestión es si esta caza en vedado la he practicado con los guías nativos más cuidadosos, experimentados, seguros y viajados. Mencionaré aquí a algunos de los más importantes porque deseo implicarlos en esta empresa, en la medida en que sus conocimientos me han servido para encontrar el camino. Al comienzo de la lista deben figurar los arqueólogos y especialistas en la llanura aluvial mesopotámica que han sido excepcionalmente generosos con su tiempo y sus consejos críticos: Jennifer Pournelle, Norman Yoffee, David Wengrow y Seth Richardson. Otros, cuyos trabajos me han servido de inspiración, sin ningún orden en particular, han sido: John McNeill, Edward Melillo, Melinda Zeder, Hans Nissen, Les Groube, Guillermo Algaze, Ann Porter, Susan Pollock, Dorian Q. Fuller, Andrea Seri, Tate Paulette, Robert Mc. Adams, Michael Dietler, Gordon Hillman, Karl Jacoby, Helen Leach, Peter Perdue, Christopher Becwith, Cyprian Broodbank, Owen Lattimore, Thomas Barfield, Ian Hodder, Richard Manning, K. Sivaramakrishnan, Edward Friedman, Douglas Storm, James Prosek, Aniket Aga, Sarah Osterhoudt, Padriac Kenney, Gardiner Bovington, Timothy Pechora, Stuart Schwartz, Anna Tsing, David Graeber, Magnus Fiskesjo, Victor Lieberman, Wang Haicheng, Helen Siu, Bennet Bronson, Alex Lichtenstein, Cathy Shufro, Jeffrey Isaac y Adam T. Smith. Estoy especialmente agradecido a Joe Manning que, tal como he podido

descubrir, había anticipado una buena parte de mis argumentos acerca de los cereales y los estados, y cuya magnanimidad intelectual alcanza hasta para permitirme cazar furtivamente su título *Against the Grain** como primera mitad del de mi propio libro.

Aunque con considerable temor al principio, he ido poniendo a prueba mis argumentos ante audiencias de arqueólogos y especialistas en historia antigua. Una de las primeras a las que asesté la versión preliminar incluía a mis antiguos colegas de la Universidad de Wisconsin, en la que impartí la *Hilldale Lecture* en 2013. También querría agradecer a Clifford Ando y a sus colegas por su invitación a la conferencia sobre «Infraestructura y poder despótico en los estados antiguos» en la Universidad de Chicago en 2013, y a David Wengrow y Sue Hamilton por la oportunidad que me dieron de dictar la *Gordon Childe Lecture* en el Instituto de Arqueología de Londres en 2016. Parte de mi argumentación fue presentada (iy diseccionada!) en la Universidad de Utah (en la *O. Meredith Wilson Lecture*), en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres (*Centennial Lecture*), en la Universidad de Indiana (*Patten Lectures*), en la Universidad de Connecticut, en la Northwestern University, en la Universidad de Fráncfort del Meno, en la Universidad Libre de Berlín, en el Taller de Teoría Legal de la Universidad de Columbia y en la Universidad de Aarhus que, además, me permitió disfrutar del lujo de un permiso remunerado durante las fases siguientes de investigación y redacción. Quedo especialmente agradecido a mis colegas daneses Nils Bubandt, Mikael Gravers, Christian Lund, Niels Brimnes, Preben Kaarlsholm y Bodil Frederickson por su generosidad intelectual y por las aportaciones con las que contribuyeron a ampliar mi educación.

No creo que nunca nadie en el mundo haya tenido una asistente de investigación más valiosa ni más tenaz intelectualmente que Annikki Herranan, hoy en pleno lanzamiento de su carrera como antropóloga. Anniki me tenía preparado, cada semana, un suntuoso «menú degustación» intelectual con un rumbo infalible hacia los platos más apetitosos. Faizah Zakariah consiguió los permisos para las imágenes que aquí se muestran, y Bill Nelson elaboró con destreza los mapas, esquemas e «histogramas» destinados a orientar al lector. Por último, mi editor de la Yale University Press, Jean Thompson, explica mi lealtad, como la

* El título inglés *Against the Grain*, literalmente, «contra el grano» o «contra el cereal», incluye un juego de palabras que también significa «a contrapelo», «a contracorriente» o «contra la opinión común».

El título original de la obra de Joe Manning es *Against the Grain: How Agriculture Has Hijacked Civilization*.

de tantos otros, a la editorial. Encarna el estándar de calidad, atención y eficacia que todos deseáramos que no fuera tan infrecuente. En lo relativo a garantizar que la redacción final quedara tan libre de errores, desaciertos y contradicciones como fuera posible, el «ejecutor» fue Dan Heaton. Su insistencia en la perfección resultó un placer gracias a su temperamento y buen humor. Los lectores deben estar seguros de que se ha hecho todo lo posible para que los errores que hayan podido quedar sean, irremediablemente, solo míos.